



EN LA VIÑA DEL SEÑOR

ENCUENTROS CON HOMBRES NOTABLES

POR CARLOS BUSQUED. ILUSTRACIÓN DE ALEJANDRO BARBERO. La colección de asesinos, dementes y endemoniados continúa con un tipo sádico pero muy correctito, un médico brujo que “no perdonaba” ni a sus hijos, un dandy surrealista que palmó en su ley y una familia muy creyente en el más allá.

1 - Dennis Linn Rader

Los que quiebran la ley son molestos, pero no hay nada más peligroso que los que la cumplen a rajatabla

Entre 1974 y 1991, el asesino autodenominado BTK (por las iniciales en inglés de “Atar, Torturar y Matar”, su modus operandi) aterrizó a Wichita, asesinando al menos a diez personas y burlándose de la ineptitud policial a través de una amable y prolífica comunicación con la prensa local, a la que enviaba cartas con acertijos y rompecabezas. Sus víctimas aparecían ahorcadas, colgando de alguna viga, o recostadas en sus camas, con sus cuerpos apresados por nudos muy complicados. Las caras hinchadas y las manchas de semen junto a los cadáveres sugerían que el asesino se excitaba sexualmente al estirar la agonía, aflojando y ajustando los nudos. Durante casi veinte años atacó intermitentemente, hasta que repentinamente los asesinatos cesaron y las cartas dejaron de llegar. En 2004, un diario local sacó un artículo recordando el trigésimo aniversario del comienzo de la serie de crímenes. El asesino, aguijoneado por la tentación de la fama, retomó la comunicación epistolar: envió a la prensa, entre otras cosas, un CD con archivos de texto. Esto constituyó un error bastante boludo, ya que en cualquier documento de Word hay una identificación de la computadora. De tal manera que fue ubicado y arrestado en muy poco tiempo. La policía esperaba encontrar a alguien tipo Charles Manson, pero el temible BTK resultó ser

Dennis Linn Rader, un pastor luterano local y dirigente de los niños exploradores.

Cuando no se masturbaba ahorcando gente, Rader era un estricto cumplidor y obsesivo vigilante de las reglas. Trabajando para un condominio, tuvo problemas con los residentes, por cosas como medir el alto del césped de las casas con una regla, o sacar a los perros de los patios para después denunciar a los dueños por tenerlos afuera. En las audiencias legales por esos incidentes, Rader se presentaba munido de videos y cuadernos en los que había registros minuciosos de los horarios y actividades de los vecinos. Según sus allegados, uno de sus insultos favoritos era “Go pound sand”, traducible como “Andá a garchar arena”.

2 - Hemla Gunda Viejo guanaco

Hemla Gunda, *dhurwa* (intermediario con los dioses, hombre de medicina) del clan Hemla, era un hombre “cruel y antinatural”, de gran influencia entre los aborígenes maría de Bijapur, Thasil, Nueva Guinea. Ya anciano, sedujo a las esposas de sus dos hijos. No contento con esto, echó a su esposa y a sus hijos de la casa para vivir abiertamente con sus jóvenes ex nueras. Se rehusó a mantener a su anterior esposa y también negó a sus hijos cualquier porción del patrimonio familiar. Sus hijos reclamaron ante el consejo tribal, pero el consejo tenía miedo a Hemla Gunda y se desentendió del tema.

En mayo de 1928, Hemla Mundra, uno de los hijos de Gunda, regresó a la casa de su padre para reiterar sus reclamos sobre parte del patrimonio. Gunda rechazó violentamente el pedido. Dos días más tarde, Mundra volvió e intentó robar dos vacas del ganado familiar. Gunda lo atrapó, lo apaleó y lo sometió sexualmente. Según las crónicas, “*Alterado por los acontecimientos*”, el joven pudo golpear a su padre y escapar. Horas más tarde, cuando Gunda caminaba hacia la policía para denunciar a su hijo, éste salió de entre los matorrales y le partió el cráneo con un garrote.

3 - Jacques Vaché Dadaísta, bromista extremo

De influencia definitiva sobre André Breton, Jacques Vaché asistió al germen de la revolución surrealista. Era un joven alto, elegante, exquisito. Y excéntrico: no acertaba a reconocer en la calle a sus mejores amigos, nunca respondía las cartas, jamás saludaba ni se despedía. Vivía con una muchacha a quien obligaba a permanecer inmóvil y callada en un rincón cuando recibía a algún amigo. Aunque había estudiado arte y era prodigiosamente culto, dedicaba su vida al ocio absoluto. Breton lo conoció en 1916 en un hospital militar de Nantes, donde Vaché se estaba reponiendo de una herida en la pierna, recibida en combate durante la primera guerra mundial. Breton volvió a verlo un año más tarde, durante el estreno de *Las tetas de Tiresias*, de Apollinaire. En esa ocasión, Va-

ché estaba amenazando al público con un revólver cargado.

En palabras de Bretón, "Vaché era a la vez un dandy, un exquisito y un inmoral violento. Proclamaba que alcanzado cierto grado de iluminación, la futilidad de la vida se volvía cómica". El particular estilo del humor de Vaché estaba erizado de peligros, ya que cultivaba una estupidéz malévol y destructiva. "Me niego a morir en la guerra", había escrito desde el frente de combate. "Moriré cuando yo quiera. Morirse solo es aburrido, preferiría morir con alguno de mis mejores amigos". Fue exactamente lo que hizo. En 1919, a los veintitrés años, tomó una sobredosis de opio y administró dos más a sendos amigos que sólo habían ido a hacer una "experiencia" y no tenían intenciones suicidas.

4- Los Moro (Bonus nacional) Familia disfuncional

Carlos Moro era dueño, a medias con un socio, de una ferretería industrial radicada en la localidad bonaerense de Lomas del Millón. Tenía una

mujer, Amanda, y dos hijos: Sandra, de 25 años, y Marcelo, de 30. El señor Moro, según comentarios de los vecinos, era un padre despótico y avaro. La familia era conocida por su carácter paranoico. Los delirios persecutorios de la madre provocaban peleas permanentes con la gente del barrio, denuncias y exposiciones policiales por cuestiones mínimas. En abril de 1990 hubo un punto de inflexión en la conducta de estas personas. Para empezar, a partir de entonces nadie más volvió a ver al señor Moro. La gente se hacía preguntas, y el socio de Moro en la ferretería denunció su desaparición. Consultado por la policía, la mujer y los hijos dijeron que el hombre "había ido a pasear a Suiza". Meses más tarde, la madre y la hija radicaron una denuncia por "amenazas". Interrogadas sobre la modalidad y el origen de tales amenazas, les fue imposible dar una explicación coherente, e incluso era evidente que les costaba construir las frases. El juez a cargo encontró que las mujeres deliraban y ordenó su internación en el neuropsiquiátrico Estévez, de Lomas de Zamora. El hijo mayor quedó viviendo en la casa, con la única compañía de dos perros que, siempre según los vecinos, llo-

raban todo el día. En 1992, luego de una serie de brotes psicóticos violentos, Sandra Moro le informó a su psiquiatra: "Mi papá está muerto en mi casa, en su dormitorio, arriba de la cama". La confesión motivó un operativo en el hogar familiar.

Los policías encontraron el lugar extremadamente sucio, lleno de telarañas y soretas de perro. En una habitación del fondo de la casa, hallaron una cama de dos plazas, con un cubrecama rojo que tapaba un bulto: el cadáver ya esquelético de Moro, vestido únicamente con unas medias. Casi no quedaba otro resto, y toda la ropa de cama estaba impregnada de fauna cadavérica resaca. El examen forense de los restos llegó a la conclusión de que el deceso había sido por causas naturales, y que el único delito de la familia era no haber hecho una correcta inhumación de los restos.

Los Moro afirmaron que dejaron el cuerpo ahí esperando que el *pater familiae* resucitara. Los tres coincidieron en declarar que habían recibido órdenes desde el más allá. Las órdenes eran "que las cosas debían permanecer como estaban". 🐞

NUNCA FUIMOS CAROS. SIEMPRE FUIMOS BUENOS.

DESDE HACE MÁS DE 50 AÑOS, DASPU BRINDA UNA PROTECCIÓN DE MÁXIMA CALIDAD A SUS AFILIADOS A UN COSTO MUY CONVENIENTE.

SI SOS EGRESADO O ESTUDIANTE UNIVERSITARIO, VOS Y TU FAMILIA PUEDEN AFILIARSE.

LLAMÁ AL
447 46 47

WWW.DASPU.COM.AR



Los empleados de los SRT y la Universidad Nacional de Córdoba están protegidos por DASPU.

